

La rosa y sus símbolos rosa cristiana

3º entrega La

GA - 19/02/2009

A más de las casi cien especies de rosales silvestres que existen, se calculan unas treinta mil variedades de rosas cultivadas, lo que hace imposible conocerlas o catalogarlas todas ya que su capacidad de hibridación es asombrosa y aún prosigue. Ateniéndonos a una definición botánica de la flor del rosal, hallamos que suelen ser-con pocas excepciones- aromáticas, hermafroditas, regulares, dueñas de una simetría radial y con el perianto bien desarrollado. Su cáliz es dialisépalo y consta de 5 piezas de color verde. Los sépalos pueden ser simples o a veces de forma compleja con lobulaciones laterales estilizadas. Su corola dialipétala, simétrica, está formada también por 5 pétalos regulares (o múltiplos de 5), a veces escotados. La corona suele ser doble o plena por transformación de los estambres en pétalos. El androceo está compuesto por numerosos estambres dispuestos en espiral, generalmente en número múltiplo de los pétalos (5 x).



Esta notoria insistencia en el número cinco, procedente de la Rosa canina o matriz, es, según constatamos, algo ligado por la Kábala a leb (bl = 32 = 5), el corazón. También cuando cortamos las rosas marchitas para que la planta continúe floreciendo debemos hacerlo por encima de la primeta ramita que tenga cinco hojas. Paralelamente, y si transformamos ese número en letra hebrea nos topamos con el signo hei, que alude al alma y suele llamarse, entre los místicos judíos, la "madre":

$$h = 5$$

De donde inferimos una pequeña prehistoria lingüística a la designación de María como rosa mystica. Cuando el Imperio Romano se desplomó bajo el peso y la fatiga de su propia decadencia, cosa que llevó siglos, con él cayó la rosa pagana, la rosa de Afrodita y los amores furtivos y desenfrenados. Los excesos de la pasión eran, como es natural, considerados pecaminosos por los primeros cristianos, razón por cual en un principio se prohibieron plantar rosales junto a las iglesias, tan contaminadas las consideraban sacerdotes y monjes por el furor y la concupiscencia latinas. Por otro lado, también creían que los jardines de rosas estaban hechizados y que, palpitantes, eran el habitat de Pan, agreste dios de los vergeles y responsable, entre otras cosas,

de la ninfolepsia o rapto de las ninfas, un eufemismo para hablar de violaciones, deseos súbitos e incontenibles. Pero, poco a poco, con el transcurso de la Edad Oscura (1), la rosa recuperó su prestigio hasta llegar a asociarse al culto de la Virgen María, no oficial, en todo caso, hasta al siglo XIII, el de las catedrales. Para entonces ya había ganado terreno en los jardines de los monasterios y abadías aunque más no fuese que como planta medicinal.

La rosa acabaría por cautivar la imaginación medieval cristiana, no tanto desde el punto de vista botánico o por su lugar de privilegio en los jardines, como por su textura simbólica, que pronto llenaría tapices y gobelinos, subiría a los capiteles de los palacios y castillos y reaparecería en los trabajos de ebanistería. Los artesanos bordaban rosas o las incluían en sus esculturas, al tiempo que los calígrafos decoraban con ellas sus manuscritos.

El Roman de la rosa, que es una de las obras clásicas de la época, obra en la cual el jardinero debe hallar la rosa más perfecta del jardín y, con ella, encontrar el amor, da cuenta de ese giro que experimentará el eros humano al ir de lo sensual a lo místico. Los cruzados, por su parte, trajeron a Francia de regreso de sus campañas rosales y leyendas que les concernían, lo cual alentó la creación de nuevos jardines. En 1224 se decretó que el noble más joven del país debería presentar, tres veces al año, una cesta de rosas al Parlamento, ocasiones en las que se celebrarían sendos festivales; y desde el siglo XIII en adelante las guirnaldas de rosas alcanzaron tal popularidad en Francia y en Italia, que dieron lugar a un gremio especial, el de chapelier des fleurs, una especie de primitivo florista hacedor de ramos, bouquets y centros de mesa.

Un poeta del siglo V , llamado Sedulio, escribió:

Tal como la adorable rosa, ella misma desarmada,
Florece entre espinos y se vuelve corona,
Brotando de la raíz de Eva, María la nueva Virgen
Expió el pecado de la primera doncella.

Apagado, pues, el rumor venusino que le confería un aura sensual y hasta promiscuo, la rosa se convierte, entre los siglos cuarto y séptimo, de símbolo de la cupiditas en objeto de devotio. Eros ha perdido, aunque no del todo, la batalla ante Agape. Todo lo cual es indivisible del lugar que la sociedad le confería a la mujer basándose en la historia de María. Entre esos citados siglos y gradualmente, la expresiva flor del amor, elogiada desde antiguo por poetas clásicos y paganos, se transformó en la rosa del Cristianismo. “Para obrar un prodigio- escribe el poeta inglés Robert Herrick diez siglos más tarde, en el XVII, fiel aún a esa imaginería mística-, Dios debía mostrarle un capullo que al tiempo fuese rosa en flor.”

En el corazón de la rosa mystica vibra, en consecuencia, el gusto medieval por esa flor. La cual personifica ya el cuerpo y el alma de María. La rosa blanca alude a su pureza, inocencia y alegría al aceptar la voluntad de Dios; y la rosa roja a sus penas por el martirio de su Hijo. Posteriormente, la simbología cristiana vio en los cinco

pétalos frecuentes de las rosas silvestres pero acrecentados en las cultivadas, las cinco heridas de Cristo y su corona de espinas como transunto del tallo, de donde mientras lo blanco precedía a lo rojo como María a Jesús, ambos colores eran, al mismo tiempo, encarnaciones de la doble naturaleza del Hijo de Dios, divina y humana. Primero la que da a luz, luego el que es luz. Primero el blanco y luego el rojo, tal y como solía verse en la iconografía de los hábitos de Jesús.

Cuenta la leyenda que cuando María subió al cielo, en su tumba mundana brotaron rosas. Otra explica que con ciento cincuenta rosas el arcángel Gabriel hizo una corona para María, corona que representaba un círculo mágico para protegerla del mal y preservar así perfecta su virgindad de cualquier tentación, ¡ tanto se había alejado la rosa de su halo afrodisíaco! . De pronto, entre el siglo X y el XII, en pleno románico, la rosa en sí misma también pasó ser el alma de Cristo así como el perfume de cada flor es su alma. De manera tal que el olor de la rosa figuraba el aliento de Dios sobre la tierra.

En las festividades marianas del mes de mayo celebradas con coronas de rosas-fiestas que en la Roma pagana tuvieron el nombre de rosaria y daban simplemente la bienvenida a la primavera-, las jóvenes vírgenes cristianas marchaban sobre pétalos de rosas y recibían, de paso, el nombre de esas flores. Así, el 11 de mayo era el dies rosae, y hasta el siglo XIX la Pascua Rosa fue la manera popular de referirse al Pentecostés en Roma. La vinculación de María con la rosa y el hábito de representar a la Virgen en un cerrado jardín de esas flores, se mantuvieron en Inglaterra hasta el estallido de la Reforma, pero en los países católicos, donde aún se conserva la memoria de ese nexo. La Virgen de las rosas de Botticelli muestra a María en un jardín, arrodillada con el niño y en actitud devota, embargada de amor por el Ser que lo envió a esta tierra.

(1) Rosamond Richardson: El libro de las rosas, Olañeta editor, Mallorca 1988.